

# LA ESTRELLA BALEAR.

*Periódico compilador de lo mas selecto que publican los de España y del extranjero sobre ciencias, literatura y artes.*

*Este periódico sale todos los domingos. — Precio de suscripcion 4 rs. al mes verificándola por el término de un año, 4 ½ rs. si se limita al de seis meses, y 5 rs. cuando sea por menos tiempo. — Al fin de cada trimestre se verificará un sorteo entre cada cincuenta suscriptores que lo hayan sido durante el mismo y el agraciado podrá escoger las obras que guste, hasta el valor de 50 REALES de la librería de Kullan hermanos, editores, donde se admiten suscripciones.*

## UN TROPEZON.



Estaba yo en la cama, embabecido el ánimo en una de aquellas vagas meditaciones matinales durante las cuales se desliza un joven, como un silfo, por entre mas de una cortina de seda, de muselina ó de coton, como dice el autor de los *Cantos filosóficos* — Verdaderamente que es una delicia estar uno bien abrigado en su cama, entre un tomo de Balzac ó de Nodier y el folletín del *Diario de los Debates* del lunes..

Oh! pobre del que no se acuesta mas que para dormir! El sueño, lo sé, es el mejor amigo del infortunio; pero yo, que compadezco á la joven que llora, á la anciana que reza, — yo á cuya bolsa jamás recurre nadie en vano; yo á quien sonrie todas las mañanas el semblante cariñoso de un padre... yo pienso mucho cuando llega la noche: mis párpados se cierran lentamente y mis últimos pensamientos fluctuan largo tiempo en mi memoria aletargada, como una de aquellas fantásticas visiones que se apoderan de nuestros sentidos, sin que tengamos ni fuerza, ni voluntad para ahuyentarlas. —

Yo duermo para reposar la vida, no para matarla...

Ayer, á las ocho de la mañana, entró mi anciana portera á despertarme, trayéndome dos cartas muy urgentes y un paquete cerrado. —

Aunque su llegada interrumpió en mi cabeza un sueño delicioso, nada la dije, porque no sé reñir á los ancianos. Recibí las cartas, el paquete y despaché sonriendo á mi matinal correo que me saludó haciéndome una reverencia octogenaria.

Abri la primera carta...

« El marqués de B.\*\*\* la marquesa de B.\*\*\* Mlle. Felicia de B.\*\*\* tienen el honor de participar á V. la dolorosa pérdida que acaban de sufrir en la persona de su hijo Carlos de B.\*\*\* »

Cárlos! — Dios mio! — Cárlos!!!... el compañero de mi infancia!... mi mejor amigo! — ya no existe!!!... Y hace tres dias, estaba ahí, á mi lado. Oh! morir á los diez y ocho años! Qué horror! qué horror! — Aun no tenía diez y ocho años.... Abri temblando la segunda carta, escrita en papel azul batido; — al lado del terrible billete con sello negro que me comunicaba una noticia tan cruel para mí y para cuantos conocian al pobre Cárlos — qué iba yo á leer? — Una carta de algun festivo camarada — de alguna querida tal vez.... Pero no — oh! no; — aquella carta era de la madre de Cárlos, que me anunciaba que su hijo habia muerto y que nadie sospechaba la causa de su fatal resolucion.

La triste madre me enviaba un paquete que habia dejado su hijo con encargo espreso de que me lo entregaran á mí, — en mano propia. — Así acababa su carta: — « V. solo en el mundo sabrá sin dudá porque no existe ya mi desgraciado hijo. — Oh! venga V. al instante á decirmelo — se lo suplica una madre desolada! »

Pobre madre! cuánto la compadece!!!

Inmediatamente despues de haber leído la carta de la marquesa de B.\*\*\* tomé el paquete que venia dirigido á mi nombre; al volverle del otro lado para abrirle, ví en él algunas líneas manuscritas que decian:

« Quiero, mando que nadie abra este paquete sino la persona á quien va dirigido.

« Quiero que se lo entreguen á él, solo á él.

« Respetad la voluntad de un hombre que va á morir...

« Aun no está seca la tinta; — aun no lo estará, cuando ya habré yo dejado de existir....

« En cuanto disparo una pistola solo una vez — así lo espero á lo menos. » —

Abri el paquete — Pobre amigo mio! me legaba su libor de memorias. — Cayóse de él al abrirle un papel escrito, en que leí:

« Querido amigo:

« Voy á morir; — lee — lee dos veces estas líneas si tienes valor!... aprobarás mi resolucion? lo espero. — Sobre todo te recomiendo el mas profundo secreto! —

« Salí á caballo el domingo con nuestro comun amigo W.\*\*\*; cuando nos separamos, y antes de volver á casa, como debia ir aquella noche con mi padre á un baile de máscaras que daba el vizconde de R.\*\*\* — fuí á una tienda á comprar un dominó.

« De vuelta en mi casa, comí solo con mi padre y con mi hermana, por haber ido mi madre á pasar algunos dias á la quinta de una amiga suya. Poco despues de comer, vino mi padre á buscarme para ir al baile; — pero no sé que humorada me pasó entonces por la cabeza... rehusé redondamente.

« Despues de haberme dicho algunas palabras algo duras, se fué mi padre con Felicia. — Sentéme entonces junto á la chimenea y cojí un periódico: — *Opera, baile de máscaras.* — Otro capricho semejante al que me habia hecho rehusar el convite del vizconde de R.\*\*\* me hizo desear ir al baile de la ópera... Me puse el dominó, la careta y al cabo de diez minutos ya estaba en aquella especie de cita dada por dos mil personas, de las cuales apenas se encuentran veinte — sin que lamenten las otras el no haberse ballado. —

« Nunca habia visto baile alguno de máscaras en el magnífico salon de la ópera, por lo que iba preparado á ver muchas cosas que admirar, y al fin no ví mas que una multitud de gentes codeándose unas á otras, apiñadas, mirándose con indiferencia, procurando llamar la atencion; — un dominó negro que precede á un dominó rosa; — un dominó azul seguido de un dominó color de perla.... Aquí, un grupo — allí, un máscara solo — otros sin careta, sin disfraz, aburridos, aparentando estos que se divierten, riendo aquellos á carcajada tendida — y por cima de aquellas mil voces de falsete, el eco armonioso de la inmensa orquesta. — Entre todas aquellas mujeres que hablaban y reian, que se divertian mucho al parecer, no hubo dos siquiera que dejasen un recuerdo ni aun el mas pasajero en mi memoria.... Una sola me llamó la atencion por la gracia de sus movimientos, por la vivacidad de sus ataques, por la prontitud de sus ingeniosas respuestas. Era una sílfide, un diablillo, un ángel

»Cubierta de un dominó, bastante largo para serio y bastante corto para dejar en evidencia sus menudos y lindos pies, por todas partes se deslizaba; por dó quiera la embromaban, la perseguían, la acosaban y si llegaba yo á perderla un instante de vista, no tenía mas que tender los ojos por aquel bosque de cabezas, agitadas como las ondeantes cimas de una arboleda de lilas, para encontrarmela al punto en el centro de la mas espesa muchedumbre.

»Yo solo, dominó observador, no quise responder á un vivo epigrama que me lanzó y que hizo sonreír á su banda de adoradores... no solo no la respondí, sino que la volví la espalda. Habría ya pasado media hora, y reclinado junto á la sólida baranda que sirve de balcon á los músicos del baile, estaba yo escuchando algunas preciosas contradanzas ejecutadas con suma precision, cuando me dió un golpecito en el brazo una mano delicada y me preguntó una dulce voz en qué estaba pensando? — En tí, tal vez. — Y qué decías? Oh! cosas muy duras. — Sepamos. — Decía yo para mí que era menester que fueras muy coqueta para que se atreviesen los hombres á decirte cosas que — yo muger — se me caería la cara de vergüenza de oirlas. — Muy severo eres; pero te perdono en favor de la careta y del dominó: Mira, dame el brazo y paseemos un rato.

Recorrimos de braceró el salon... todos envidiaban mi fortuna, y yo, — yo estaba tanto maspreciado de mi conquista, cuanto solo se ocupaba en mí, en mí solo. — En vano se acercaban á ella mil galanes para obtener una palabra, una mirada — yo era el único objeto de su atencion. — Y piensas todavía? me dijo... — Sí, en las horas que se deslizan con tanta velocidad, en la dicha de haberte visto, en el dolor de separarme de tí...

— Entonces no me quitaré la careta, porque me gusta oírte hablar así... Ya son las tres... podré sin indiscrecion pedirte que me acompañes a mi casa? — Oh! todo lo que tú quieras....

» Bajamos entonces á la calle y entramos en un coche de alquiler; ella misma dijo al cochero adonde debía conducirnos. Poco tiempo despues, paróse el coche á la puerta de una casa de algo equívoca apariencia. Llamó, abrieron: — pagué al cochero y entramos.

Ella misma me guiaba por un largo corredor y me hacia apoyarme sobre su brazo para no tropezar contra la baranda de una escalera escasamente alumbrada.... Apenas habíamos subido algunos escalones, lanzó mi compañera un grito y soltó mi mano. — Creíme entonces el ridículo héroe de una ridícula aventura, y eché á andar con direccion á la calle, cuando me hicieron mudar de intento algunos lastimeros suspiros que llegaron á mis oídos; — me acerqué á mí enmascarada y ví que sufría muchísimo; de un fuerte tropezon se había torcido el pie derecho. Cójila en mis brazos y siguiendo á la doncella que habia acudido trayendo luces, me hallé en un precioso gabinete en que habia un sofá en donde la coloqué con sumo cuidado... Pedíla entonces que se quitara la careta para respirar con mas libertad — pero se obstinó en conservarla puesta y me prohibió con todas veras que intentara quitársela; — entonces conocí que debería tener poderosas razones para hacerlo así. Sentía yo vivísimos deseos de conocer á aquella muger; pero tenía puesta la mano sobre la careta y hubiera sido poca generosidad en mí quitársela por fuerza, tanto mas cuanto ella me habia permitido conservar la mia, que aun no me habia quitado... Era cosa singular y que producía en mi alma una impresion amarga, ver aquella careta cuya boca pintaba una sonrisa facticia, mientras salían por los agujeros abiertos para los ojos algunas lágrimas arrancadas por el dolor... Fué este tan vivo, que al fin la hizo perder el sentido. Salió la doncella con las luces á buscar algunas esencias para hacerla volver en sí. —

» Halléme junto á la puerta — la abrí y al cabo de un momento ya estaba en la calle...

» Cuatro horas despues, estaba yo en mi cama, pensando aun en aquella estraña aventura, cuando entró mi criado y me dijo: — Tiene V. algun recado á que mandarme, señorito? Voy á buscar al médico para la señora marquesa que se ha torcido el pié derecho y sufre muchísimo. » —

¿ Quien es el que reanima de las hermosas flores  
Con su apacible soplo el natural calor?  
¿ Quien es el que resbala por sus gayos colores  
Y en sus alitas lleva las quejas de su amor?

¿ Quien es el que trasporta en sus débiles hombros  
El germen de las flores con incansable afan?  
¿ Quien es el que provoca á dar tales asombros,  
Que en sus aereas alas tan comprendidas van?

¿ Quien te dió la existencia ó céfiro apacible?  
¿ A quien robaste el vuelo de tu curso veloz?  
¿ Acaso es un fragmento del huracan terrible  
El soplo de tus alas, el timbre de tu voz?

Tal vez la madre Venus. lanzárate festiva  
En el pensil de Pafos con su álito vital;  
O del suspiro ardiente de una beldad cautiva  
Naciste; y de tu vida fué aquel el manantial.

¡ Ah! sí tu eres el mismo que llevas mis suspiros  
Y alegre y denodado entras en la mansion  
Del ídolo que adoro, y en tortuosos giros  
Penetras y conmueves su triste corazon.

Tú alagas de mi amada el niveo y terso cuello  
Y quieres por su pecho osado resbalar;  
O agitas con tus alas su undivago cabello,  
E intentas de su seno el velo arrebatár.

Te meces sosegado, en su revuelta falda,  
Imprimes blando beso en su rosada tez,  
Y airoso te columpias en su desnuda espalda,  
Formándole mas dulce su grata morbidez.

¡ Ay! que tu eres el mismo que en noche tenebrosa  
Al pie de áspera reja velando estaba yo,  
Y el fuego mitigaste de mí sien ardorosa  
Con tu plácido soplo, mas el del pecho no.

Me place el contemplarte en la enramada umbria  
En la frondosa selva, en el grato pensil;  
Torciendo luego el vuelo y en plácida porfia  
Luchar con leves auras del fresco y dulce abril.

Deslizaste corriendo por las verdes llanuras,  
Refrescas de la rosa la nacarada sien;  
Y ves grabado el nombre en las cortezas duras,  
De mil zagalas bellas modelos de desden.

Huyó al amante nido de su temor llevado  
Al ver batir tus alas, el dulce ruiseñor,  
Y la llorosa tórtola, su arruilo enamorado  
Suspende si percibe tu lúbrico rumor.

Vas al pasar llevando por sobre la amapola  
Un jay! que inadvertida del seno desprendió,  
Y rasgas á tu paso de púdica viola  
El lívido expulso que su beldad cubrió.

Ya tomas en tus brazos á los pálidos nardos  
Ya pasas en el caliz del alto girasol  
Ya agitas levemente los espinosos cardos  
Ya las punzantes hojas del lúcido crebol.

Ya en sesgo giro doblas de corpulenta rama  
El inflexible tallo que te estorbaba mas,  
Y en la cuna te meces de la aceda retama  
O en sus gualdos racimos columpiaste quiza.

Ya de los blancos lirios aspiras la fragancia  
Derrámasla en los arcos de umbrífero verjel.  
Ya corres impulsado por tu misma inconstancia  
Moviendo el débil talle del verde mirabel.

Ya doblas las espigas del lívido cantueso,  
Ya juegas con las ramas de exótico abedul,  
Ya clavás satisfecho un ardoroso beso,  
En el dorado caliz del alelí azul.

Ya ves una palmera que sin amores vive  
Y vuelas hácia otra henchida ya de amor,  
Y su menudo pólen le robas y recibe  
En su cándido seno, el fruto de su flor.

Así apacible céfiro recorres velozmente  
La vega, el monte, el valle y el plácido jardín;  
Y á toda flor y planta le robas el ambiente  
Guardándolo en tus alas cual bético botín.

Pues dime blando céfiro ¿quién tus instintos guía?  
¿Qué espíritu te habla ó anima tu poder?  
¿Quién eres dulce céfiro? atiende á mi porfía  
¿Quién mueve tus impulsos y quien te ha dado el sér?

Sé solo eres el mismo que llevas mis suspiros  
Y alegre y denodado entras en la mansion  
Del ídolo que adoro, y en tortuosos giros  
Penetras y conmueves su triste corazón.

JOSÉ MARTÍ.

## Julia.

JULIA condesa de J...  
EL CONDE, su marido.  
ENRIQUE.

FELIX.  
EDUARDO.

(La escena es en la casa de campo de la Condesa.)

I.

Las 2 de la mañana.—Una habitación pequeña con dos camas.

ENRIQUE, FELIX, sentados en una cama.

**Enrique.** Oh! si vieras cuanto la adora mi corazón! Amigo mio, tu no puedes comprenderlo sino has estado alguna vez en tu vida tan enamorado como yo lo estoy. Tu mismo lo has visto: antes era yo el mas alegre de todos nuestros amigos -- cuando estábamos en el colegio no había otro mas hüllicioso que yo, y en los cuatro meses que hace que salimos los dos, solo durante los quince primeros dias conserve mi antiguo carácter; desde entonces acá, solo me gusta la soledad, el retiro, donde pueda á solas derramar lágrimas de ternura, saborear lentamente mi felicidad sin que me distraigan los importunos con su necia alegría.

**Felix.** Si, tienes razon: todos lo hemos observado y no sabiamos á que atribuirlo.

**Enrique.** Ni era fácil en efecto. La causa de esa tristeza es el secreto de mi vida -- un secreto que siempre quedará oculto en el fondo de mi corazón. Lo he jurado y lo cumpliré.... ella lo ha exigido -- pues bien, aunque apenas mi alma puede contener tanta felicidad, aunque conozco que me hace falta depositar mi secreto en el seno de un buen amigo, aunque me cueste la vida.... no importa! este secreto me acompañará hasta el sepulcro.

**Felix.** Pobre Enrique! tan jóven y ya tan desgraciado!

**Enrique.** Desgraciado! no, eso no! Ya te lo he dicho -- una muger, un ángel, ha escuchado con piedad la declaracion de mi amor, con piedad, si: porque si hubiera desechado con desden mis palabras de ternura, si hubiera castigado mi loca osadía, tu conoces mi carácter, Felix -- allí mismo me hubiera atravesado á sus pies con esta espada que llevo á la cintura.

**Felix.** Y esa muerte generosa hubiera sido digna de tí, amigo mio. Perdida ya toda esperanza de felicidad, qué recurso le queda al hombre mas que la muerte?

**Enrique.** Pero en vez de castigarme por haber osado elevar mis ojos hasta ella, por haber, nuevo Icaro, remontado mi vuelo hasta el Olimpo -- ella, con los ojos cubiertos de lágrimas, con una sonrisa celestial, oyó la expresion de mi delirio, me levantó del suelo con su mano de nieve y rosa, y trémula, palpitante. -- «Enrique, piedad, piedad! exclamó, dejando caer sobre mi seno su lánguida ca-

beza. Piedad! yo te amo, si! -- Desde entonces acá, amigo mio, soy el hombre mas feliz del mundo y el mas desgraciado al mismo tiempo: porque... no, no te diré quien es la que adoro: ha exigido mi palabra de honor de que lo calle y nadie lo sabrá, ni aun tu mismo. Pero para que te formes idea del extremo á que llega mi infortunio, te bastará saber que la que adoro con un ardor frenético, la que me ama con todo su corazón.... es de otro hombre!

**Felix.** Y su virtud.....

**Enrique.** Virtud! terrible virtud! Si supieras, Felix, que desgraciada es esa muger. En la edad en que todavía es mudo el corazón, sacrificada por un padre desnaturalizado, la infeliz se vió precisada á contraer un horrible himeneo. Que extraño es que al llegar á la edad del amor, su corazón la hablase en favor de otro hombre? Pero la virtud, Felix, los deberes sociales, y en fin, la ternura que logré inspirarla, todo contribuyó á hacerla la mas desgraciada de las mugeres. -- Oh! si la oyeres la relacion de sus infortunios..... solo de pensar en ello se me parte el corazón.

**Felix.** Por Dios, detente.... tu mismo, sin saberlo, me estás haciendo sufrir un horrible tormento; tus palabras renuevan todas las heridas de mi corazón.

**Enrique.** Y qué? tambien tu eres desgraciado por amor?

**Felix.** Mil veces mas que tu, y sin embargo la historia de tus amores es casi la de los míos, con la diferencia de que á tus desventuras añado yo otras muchas mas. Tambien yo estoy enamorado, Enrique; pero si algun dia fui tiernamente correspondido, ya no lo soy: la ingrata se complace en atormentarme por el solo placer de hacerme sufrir -- porque estoy seguro de que no tengo ningun rival. Pero si; la ingrata se complace en mi desesperacion: desea verme morir -- á mí que la amo tanto! No te parece el colmo de la perfidia, Enrique?

**Enrique.** Lloras! esa debilidad por una muger tan friamente cruel es indigna de un hombre....

**Felix.** Si, tienes razon, lo conozco; pero qué quieres? Yo no puedo remediarlo y al lado de mi mejor amigo no quiero violentarme. Déjame verter estas lágrimas, las últimas... porque lo juro: antes de veinte y cuatro horas todo se ha de aclarar. -- Ah! merecia yo de ella semejante conducta? despues de haberme jurado tantas veces amor eterno, esclusivo, no es una infamia abandonarme así? Mira: para que conozcas mejor hasta que punto es culpable esa muger, voy á contártelo todo. Solo te ocultaré su nombre; aunque no merecia, quien tan vilmente quebranta sus juramentos, que yo guardara los míos, al fin soy caballero y ella muger.

**Enrique.** Haces bien. Pero cuéntame tus penas y á lo menos yo procuraré consolarte.

**Felix.** Tu sabes que á pocos dias de salir del colegio, recibimos juntos la charretera y que yo salí destacado con mi regimiento á la Granja pues allí, amigo mio, es donde conocí á la mujer que adoro. Qué hermosa! qué sensible! Vernos y amarnos todo fue uno. La primera vez que la ví, me acordaré toda mi vida, era una tarde de diciembre, fria y oscura: una lluvia espesa y menuda caía del cielo sin interrupcion: yo me paseaba por aquellos deliciosos jardines, á la orilla de un estanque cuando la ví pasar junto á mí de bracero con un hombre -- su marido.

**Enrique.** Con que es casada?

**Felix.** Si, por mi desgracia y por la suya. Yo no sé que secreto presentimiento me anunció que aquella muger debia ser muy desgraciada, pero desde aquel instante sentí hácia ella una simpatía inesplicable, hija sin duda de la compasión. Un baño de profunda melancolía velaba su hermoso semblante; sus dulces ojos azules, cubiertos de largas pestañas, se volvian de cuando en cuando hácia mí con una expresion que me hacia palpar hasta el fondo de mis entrañas. Hubo sin duda de observar su marido estas miradas, porque desde entonces empezó con una impaciencia brutal á apretar el paso, tirándola del brazo con tal violencia, que no pudo ella menos de dar un grito: pero volviendo inmediatamente en sí, siguió á su marido, despues de haberme echado una mirada, que de nuevo me alentó á seguirla, decidido á protegerla contra la barbarie de su tirano. Salieron por fin de los jardines y yo, siguiéndolos á cierta distancia, los ví entrar en una casa.

de posada, donde habitaban. Al día siguiente tomé un cuarto en ella.

Desde entonces, amigo mio, todos los días lograba verla: su marido, siempre ocupado en sus negocios ó en sus diversiones, nos dejaba continuamente solos. Oh! si vieras! qué feliz, qué deliciosa fue aquella temporada de 15 días que pasamos juntos en la Granja! También esta muger habia sido como tu querida, sacrificada por un padre tirano; abandonada de su inconstante esposo, ocupado siempre en toda especie de devaneos, no tenia la infeliz mas consuelo en su amarga existencia que el de pasar conmigo todo el tiempo que nos dejaban libre la ausencia del Conde y las ocupaciones de mi profesion militar, que el de oír mis palabras de ternura, que el de jurarme eterna constancia. Pero oh! cuán pronto pasaron estos momentos de felicidad! Al cabo de quince días, volvió con su marido á Madrid mi amada Condesa.

*Enrique.* Condesa!...

*Felix.* No tardé yo en seguirla. A fuerza de empeños logré volver á Madrid cuatro días despues y siempre la hallé tan cariñosa, tan amable como siempre. Pasaron así algunos meses: yo habia logrado introducirme en su casa, hacerme amigo de su marido y ya empezaba á esperar que pronto veria premiada mi constante ternura, cuando hace ocho días, hallándome con ella en un baile, me hizo un desaire que no la perdonaré jamas. Me habia prometido bailar conmigo el primer vals, y cuando fui á sacarla ya estaba comprometida con otro, y en vez de disculparse conmigo me echó una mirada capaz de ajar el amor propio de un santo.

*Enrique.* Ingrata!

*Felix.* Corrido, irritado, me dirijo al dichoso preferido para pedirle una satisfaccion, pero me quedé mas corrido todavia al reconocer en él á mi hermano Eduardo. Qué podia hacer en aquel caso?... Además la culpa no era de Eduardo, sino de ella. Acabado el vals quiso disculparse conmigo, pero lo hizo con una tibieza, con una frialdad... De vuelta á su casa, la llamé ingrata, falsa; al principio derramó algunas lágrimas y luego me dió á entender que mi presencia empezaba á serle enojosa. Desde entonces acá, su conducta conmigo ha sido muy equívoca por lo menos: si me hacia un favor, estaba seguro de que poco despues me esperaba un desprecio. En fin, conocí que esa muger ó queria dejarme decididamente ó poner á prueba mi amor á fuerza de desaires. Hace cuatro días me convidó á pasar una temporada en su casa de campo...

*Enrique.* Y tuviste la debilidad de aceptar?

*Felix.* Si, acepté, pero con el intento de obtener una aclaracion, de saber por fin á que atenerme... Todavía no he tenido una ocasion, pero mañana mismo, si, mañana — dilatarlo mas seria una infamia. Mañana la buscaré á solas, me presentaré á ella, y la diré — Julia!

*Enrique.* Julia! Qué dices?

*Felix.* Si, para que he de ocultarlo? Ya que en el arrebatado de mi indignacion se me ha escapado este nombre, no quiero ocultarte nada; Julia, la Condesa, es la muger á quien adoro.

*Enrique.* Insensato! qué dices?

*Felix.* Pues qué?

*Enrique.* Calla! tu deliras! Eso es imposible! — Esa es la muger á quien adoro..... la que me ama....

*Felix.* Mientes!

*Enrique.* Felix!

*Felix.* Si, mientes, y estoy pronto á probártelo cuando quieras.

*Enrique.* Ahora mismo, toma tu espada,

*Felix.* Si, que quiero lavar en tu sangre la ofensa que has echo con tus infames palabras á esa muger celestial. Salgamos.

*Enrique.* Si. Salgamos. (*Salen con las espadas debajo del brazo.*)

## II.

Noche de luna. — Un bosquecillo en el parque — en el fondo se vé la magnífica quinta de la Condesa.

**ENRIQUE, FELIX.** *Entran precipitadamente.*

*Felix.* Este es el sitio mas á propósito. Aquí nadie puede interrumpirnos.

*Enrique.* Si, tienes razon. Aquí mismo, enfrente de las ventanas de mi amada Julia... mientras todo los ángeles del cielo velan sobre su puro sueño, la espada de su Enrique la vengará de un impostor.

*Felix.* Enrique! hablas con seriedad? no me crees?

*Enrique.* Qué se yo!

*Felix.* Mira! Yo estoy resuelto á batirme contigo — tú lo estás tambien. Pero aunque en este momento veo en tí un enemigo mortal... con todo, Enrique, puedo aborrecerte, mas no despreciarte. No merezco yo otro tanto de tí?

*Enrique.* Porque me lo preguntas?

*Felix.* Porque el nombre de impostor viniendo de tí me aflige mas que si me dieras una estocada. ¿No pueden dos antiguos amigos batirse como caballeros, sin insultarse como villanos? Las heridas que hace la espada pueden curarse con el tiempo, porque recaen sobre el cuerpo, las que hace la lengua, son eternas, incurables, porque recaen sobre el honor.

*Enrique.* Tienes razon, Felix, esta es mi mano, tómalala en señal de que nos estimamos — Ahora ponte en guardia, porque si se prolongara esta conversacion, conozco que no tendria fuerzas para cumplir mi deber.

*Felix.* Proteja Dios la buena causa!

*Cruzan las espadas y empiezan un reñido combate. Al cabo de pocos instantes entra Eduardo corriendo y desalentado en el bosquecillo.*

## III.

**ENRIQUE, EDUARDO, y FELIX.**

*Enrique y Felix.* Eduardo!

*Eduardo.* Imprudentes! qué haceis? deteneos.

*Felix.* Mi hermano! tú aqui!

*Eduardo.* Silencio, amigos míos, silencio, por amor de Dios! Si haceis el menor ruido y comprometéis para siempre á la que amo. El marido acaba de sorprenderme en el cuarto de la Condesa.

*Enrique.* De Julia?

*Eduardo.* Si, de Julia.

*Enrique y Felix.* Oh!!!...

*Eduardo.* No hay que perder un momento. Si acaso ha concebido el conde algunas sospechas, despertará á sus criados hará que me busquen. Amigos míos, en todo caso cuento con vosotros.

*Enrique.* Julia!....

*Felix.* Julia!...

*Eduardo.* Procuremos salir con todo sigilo, acaso no haya conocido nada. Las mugeres son tan.... Pero silencio! no ois abrirse un balcon?

*Enrique.* Si, el del cuarto de la Condesa.

*Eduardo.* Todos quietos, no hay que menearse, á la claridad de la luna nos descubrirían seguramente.

*Enrique y Felix.* (*En voz baja.*) Julia!.... quién habia de decir!

*Eduardo.* Silencio! no ois?

*Aparecen el Conde y Julia en un balcon de la quinta.*

*Julia.* Ingrato!

*Conde.* Vida mia! perdona mis infinitas sospechas. Te quiero tanto!

*Julia.* Pues y yo!...

*Conde.* A lo menos, que no sea inútil mi venida.

*Julia.* (*Con ruborosa timidez.*) Qué?...

*Conde.* Julia, hoy hace un año que nos juramos al pie de los altares eterno amor, eterna fidelidad. Te acuerdas?

*Julia.* Si, si. (*Con ternura.*)

*Conde.* Y yo... yo me acuerdo tambien. Hace un año, á tal hora como esta de la noche, brillaba la luna en un cielo purísimo de verano.... como brilla ahora: la naturaleza entera yacia sumergida en un profundo silencio: como ahora.... como mi corazon palpitaba de amor... como ahora, y el tuyo palpitaba tambien, Julia!

*Julia.* Como ahora.

*Conde.* Hermosa!....

*Sigue un breve rato de profundo silencio: en seguida se retiran el Conde y Julia, despues de haber cerrado el balcon lentamente.*

*Enrique y Felix envainan las espadas, se dan un estrecho abrazo y salen del bosque con Eduardo, habiéndose en voz baja y pudiendo apenas contener la risa.*

EUGENIO DE OCHOA.

Imprenta de P. J. UMBERT.